

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



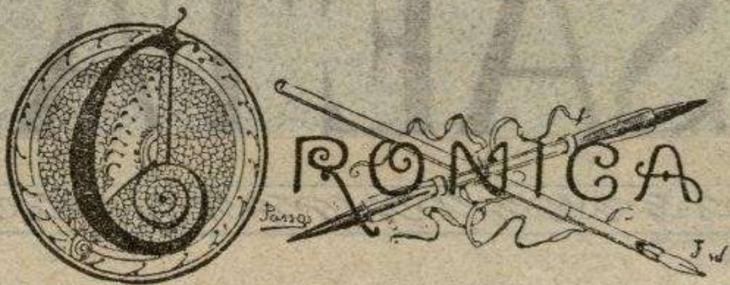
Milagros Gorjé

LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á
D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Cen-
tro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas.
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



Los milagros de la ciencia! ¡Y todavía hay quien no cree en ellos!
El 24 de Abril último falleció en Alemania aquel rayo de la guerra que se llamaba Moltke.

Eso han dicho todos los periódicos, pero sabido es lo que son los periódicos.

Moltke está tan bueno y sano como V. y yo.

No ha fallecido el 24 de Abril, nada de eso.

Para convencerse de ello, no hay más que leer *El Noticiero Universal* del 9 del corriente.

Diez y seis días después de la muerte del feld-marechal se lee en el periódico del Sr. Mencheta:

«El conde de Moltke se encuentra mucho mejor de la gota con el «Bálsamo Fernoline.»

¡Y vaya si se encuentra!

¡Como que ya no le duele nada!

Ese bálsamo es mejor de lo que á primera vista aparece.

¡Figúrense Vdes! ¡ha curado á un difunto!

El cadáver se resentía de la gota y sufría atroces dolores, le aplicaron el bálsamo..... y como con la mano.

Con ese bálsamo se debe haber curado también el cancer que padeció el padre del actual emperador de Alemania. Y el mal de orina de Napoleon III.

Por eso se hallan estos enfermos tan sanos y alegres paseándose por el mundo.

¡Ay, qué bálsamo de mis pecados!

El día que me muera diré que me den después de haber expirado una frotación, á ver si me curo del reuma que he padecido en vida.

En las últimas elecciones de concejales, hubo aquí un candidato por sorpresa.

Se llama Fábregas, y á las doce del domingo antepasado todavía ignoraba que á las cuatro de la tarde había de salir concejal.

Pero vino el Jesucristo Planas y Casals, y le dijo:—Lázaro, levántate y anda.

Y vino Lázaro Fábregas, se levantó y andó, como diría Martín Gali.

Tenemos, pues, un concejal que nos ha caído de las nubes, un concejal metido en aguas, como si dijéramos.

Por supuesto que al tal Fábregas no le votaron los electores, le votaron las brigadas de barrenaderos multiplicándose en cada sección y depositando papeletas la mar de veces.

Así como Dios hace un mundo de la nada, el Pantorrillas barcelonés (Planas y Casals) hace de un trozo de cualquier cosa, un concejal. La

cuestión es tener un voto más en el Concejo para la reforma de Barcelona y los lios consiguientes.

Cuando de ese modo salta y viene un administrador de la hacienda municipal ¿me quieren Vdes. decir qué sería si los conservadores se preparasen con tiempo?

¡Ni los clavos!

El método que emplean las mujeres orientales para tener las pestañas largas es rocortárselas un poco cada seis semanas, así es que allí se ven los más hermosos ojos que se puede imaginar, porque nada les adorna tanto como unas buenas pestañas.

Aquí sucede lo mismo con las uñas. Nada adorna mejor la mano de un banquero, de un contratista ó de un director de ferrocarriles como unas buenas uñas.

Y en Barcelona podemos hablar ¡Tenemos tan hermosos ejemplares!

Hace pocos días, sin ir mas lejos, las uñas de algunos de estos apreciables caballeros han brillado en todo su esplendor.

Setecientos mil duros nada más ha ganado uno de los timadores del alto negocio. De una redada ha arruinado centenares de familias.

Yo bien sé á quienes se debía llevar al *Pelayo* y poner en el cepo. No á esos pobres anarquistas que vociferan desatinos, sino á esos nihilistas de frac que con la mayor sangre fría, engañando á propios y extraños, faltando al decoro, á la dignidad y á la palabra empeñada, preparan una ratonera para quedarse, sin responsabilidad alguna, con el dinero ageno.

Estos son los que justifican todas las revoluciones, estos son los que traen los grandes conflictos.

¡Hace falta un 93!—se oye exclamar por todas partes cuando los nihilistas de frac dan un golpe de estos.

Para estos, no solo hace falta un 93, sino un 186, que es el doble.

Yo ya sé de un palacio en Barcelona donde hay dos bloques de marmol míos, ó al menos que me fueron sacados en una jugada de mala fé. Y el resto del edificio está construido de la misma manera. Todos los barceloneses tenemos allí algo.

Y mientras tanto, á entretenernos con los compañeros que piden una peseta más de jornal y á llamarles egoistas y escandalosos.

¿Cuándo habrá justicia? Cuando no haya hombres.

Un doctor cree haber encontrado en Atenas la tumba de Aristóteles.

Por lo que á mi toca, me tiene sin cuidado. Lo mismo se me da á mi que se le debe dar á Aristóteles de que le hayan descubierto la tumba fría.

Por más que yo creo que estos descubrimientos son pretextos para vivir de gorra á costa de

los gobiernos.

Porque vamos á ver ¿qué hemos de hacer con la tumba de ese sabio?

Si siquiera dieran por ella muchas Francias...

ELIDAN.

TRANSFORMACIONES

I.

Anuncias otra almoneda, porque quieres renovar muebles, vestidos y alhajas, que encuentras muy viejos ya.

¿Qué hay de estraño, ex-prenda mía, en que renueve su ajuar mujer que el rostro renueva con tanta facilidad?...

No han de faltarte prenderos que te le quieran comprar; no el rostro, pues las pinturas ahora carillas están.

Al ajuar me refería, pues un prendero ¿qué hará? llevarse por cuatro cuartos lo que costó un dineral.

Pero, aunque lo menosprecien, á tí lo mismo te dá; pues, como nada te cuesta, ganancia en todo hallarás.

¿No habrá alguno que te compre aquel *trousseau* virginal que te regaló aquel novio que al fin no llegó al altar?

¿Y el corazón, no lo vendes? Porque, á decir la verdad, ya que todo lo renuevas, por ahí debes empezar.

Que el corazón has gastado tanto como tu beldad, y es un mueble de deshecho tanto como los demás.

II.

Tras largos años de ausencia, vuelvo á verte y te conozco, como si nunca la dulce relación se hubiera roto.

Y tú también me conoces, ¿no es verdad? aunque en el rostro dejó su antifaz el tiempo con rasgos nada graciosos.

Desconocidos estamos y nos conocimos pronto; por amor á tí lo siento como tú por amor propio.

¿Porqué, mujer, de los míos apartas ahora tus ojos, si en estos días nos vemos como nos vimos en otros?

Mira, pero frente á frente, al que en días ya remotos, engañaste como á muchos aunque te amó como pocos.

Mira; soy el mismo niño con que jugaste á tu antojo; que aunque el cabello platea mi corazón siempre es oro.

No esa plata que el espejo ves hoy brillar con enojos; no la nieve que en tus rizos va cayendo poco á poco...

No; lo que me espanta cuando á tus miradas me asomo, es esa vejez más fría que guardas allá en el fondo.

EDUARDO BUSTILLO.

NUESTRAS OFICINAS

I.



¿Qué hora es? ¡Diantre! Las once y media y á las once en punto se abre la oficina. Ya estarán aquellos pobrecitos empleados esperándome impacientes... Tengo devengados veinticinco duros por la venta de ejemplares á la biblioteca de Fomento, y hoy cobraré por fin. ¡Nunca es tarde si la dicha es buena!... ¡Juana, Juana! ¿Dónde me has puesto el cepillo? ¿Que no lo encuentras? Bueno; iré sin cepillarme; así como así muchos han llegado á directores generales sin que les hayan pasado un mal cepillo... ¿Que me hace falta á mí? ¡Ah, sí! Yo bien decía. El pañuelo. ¡Ajajá! ¿A ver si llevo la cédula? ¡Demonio de cédula! ¿Si la habré perdido? No; aquí la tengo. ¡Y es bonita! También son bonitos los veinte y tantos reales que me ha costado. Pues todavía creo que me falta algo... Vamos á ver: llevo la cédula, el certificado de quintas, la partida de bautismo y la del casamiento de mis padres. Puede que haya que probar la legitimidad del origen. ¡Cómo en las oficinas piden hoy unas cosas tan raras!... Ea, á la calle.

II

¿Me hace usted el favor de decirme dónde debo recoger un libramiento de veinticinco duros expedido á mi favor?... ¡Hombre, no se enfade usted! ¡Como es la primera vez que vengo aquí... Si, si, conozco que le molestarán á usted con tantas preguntas, pero, por otra parte, soy un acreedor del Estado y... bueno ya me callo; usted dispense. ¿Dice usted que la última puerta de la derecha? Gracias.

III.

Beso á usted la mano... Pues venía á recoger un libramiento... ¿Qué? ¿No es aquí? Me había dicho el portero que usted me despacharía, pero le suplico que no se incomode; yo no tengo la culpa... Si; estará usted muy ocupado, pero ¿qué le vamos á hacer? Siento mucho...

IV.

Servidor de usted. ¿Es aquí donde debo recoger?... Pido á usted mil perdones. Me habian dicho...

V.

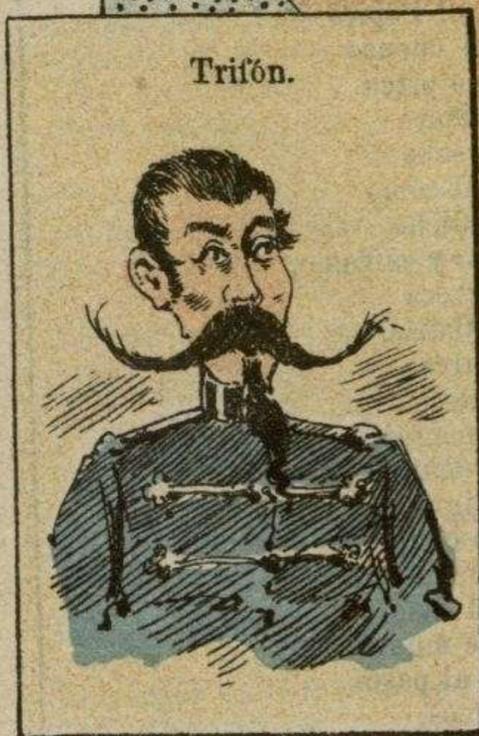
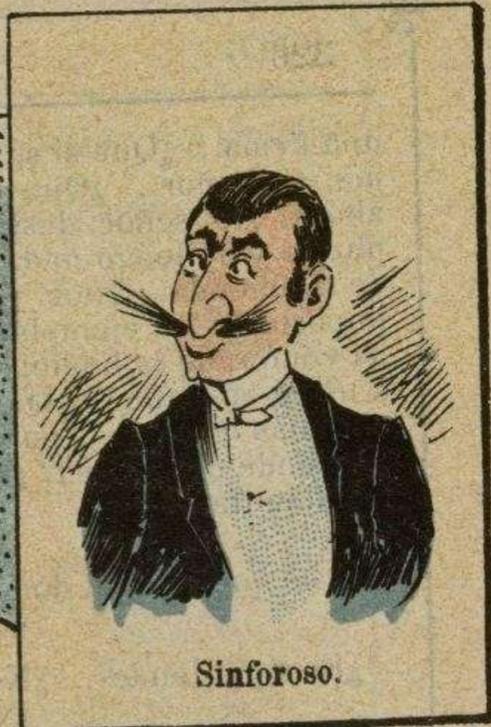
Buenas tardes. ¿Tendría usted la bondad de decirme si es aquí donde?... Vamos; por fin he acertado... No, no lo digo por usted, ¡libreme Dios! sino que como uno es nuevo en estos asuntos y no está hecho al trágin administrativo... ¡Si ya lo sé! ¡Si estoy convencido de que no lo puede usted remediar! ¡Si es mi sino! (Pausa). Conque dice usted que ahora tengo que ir á recoger la firma del jefe? Corriente. ¿Dice usted que la segunda puerta de la derecha? Gracias.

VI.

Vengo á que tenga usted la bondad de echar



Al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solian ir.



Carrasco

La tienen muy preocupada
los cuatro novios á Inés;
se casaría con todos,
¡pero si no puede ser!

una firma... ¿Que si soy el interesado? El mismo, sí, señor... ¿Que si he cobrado antes de ahora? No, señor; desgraciadamente vivo de la pluma y no tengo nada que ver con las oficinas de Hacienda. Estos veinticinco duros son el importe de los ejemplares de un libro que me ha comprado la biblioteca del ministerio... Beso á usted la mano... (¡Qué fino es este jefe! Mucho más fino que el portero, ¡qué tiene que ver!) ¿A dónde dice usted? ¿A que tomen razón? Perfectamente.

VII.

Creo que es aquí donde?... ¿No? Gracias.

VIII.

¿Es aquí donde?... ¿No? Mil gracias.

IX.

¿Me hace usted el favor de decir si es aquí donde?... ¿Tampoco? Muchísimas gracias. ¿Conque á la izquierda, eh? Remuchísimas gracias.

X.

¿Tiene usted la bondad de tomar razón de este libramiento? Si, señor; esperaré (*Pausa*). (¡Caracoles! ¡La una y cuarto!) ¿Que debo ir antes á que lo sienten en el libro? Iré, sí, señor. (¡Quién pudiera sentarse como él!)

XI.

Vengo á que me siente usted esto... Gracias... Ea, vuelta á la peregrinación.

XII.

Ya lo han sentado y á mi tambien; por que este trañiego no es para todos los días. Conque, despachado, ¿eh? Lo agradezco... ¿A quién? ¿Otra vez el jefe? Ah vamos, sí; á otro jefe; entendido. ¡Pero, Dios soberano! ¡Qué cúmulo de jefes!

XIII.

¿Que me espere? Bueno, me esperaré. Ya me voy acostumbrando á sufrir y diga usted: ¿cuando se ocupa, suele fastidiar mucho á los que esperan?... Hombre si ya se que tiene derecho á estar ocupado siempre que se le antoje (*Pausa prolongada.*) ¿Que ya puedo pasar? Tantísimas gracias.

XIV.

Pues traigo un libramiento... Si, señor; soy el interesado. Treinta y ocho cumpliré en octubre...; ¡Ah! Crei que me preguntaba usted la edad... Si, señor, y la cédula; todo lo traigo... ¿A Tesorería? Bien. (¡Bendita sea tu boca!) Beso á usted la mano y tantas gracias.

XV.

Vengo á cobrar... Usted dispense. ¡Como me dijeron que viniese aquí... Vamos, si; por el pasillo de la izquierda. Un millon de gracias.

XVI.

Aquí traigo esto y le pido á usted por la salud de su madre, que me deje sentar un ratito... Oh, alma generosa. Mire usted: yo ya no puedo moverme y estoy por renunciar á los veinticinco duros y á todo lo de la tierra. ¡Si no puedo más! ¡Por Maria Santísima! ¿Aun tengo que andar otro poco? Pero si ya ha tomado razón del documento todo el personal administrativo de España! ¡Si no es posible que haya otros veinticinco duros más discutidos que estos! ¡Si estoy exánime!... ¿De manera que tengo que volver á que tomen razón por centésima vez? ¡Yo me ahogo!..

XVII.

Ya está todo corriente. ¡Oh, placer! Ahora á cobrar... Portero: ¿Me hace usted el favor de decirme dónde está la Caja?... Bueno, hombre, seré torpe y todo lo que usted quiera. (¡Qué finos son estos porteros!) Convenido, pero hágame usted el favor de no pegarme. ¿Es usted hijo de la Caja, acaso para ofenderse de este modo? ¿Le he inferido alguna ofensa á la Caja? ¡Pues hombre.....

XVIII.

Vengo á cobrar. Que falta un sello móvil? ¡Por vida del!... Ya decia yo que habia de faltar algo... Pues, nada, voy corriendo al estanco y estoy de vuelta en un periquete.....

XIX.

¡Cielos! Han dado las dos y se ha cerrado la caja... ¡Me voy á tirar por el viaducto!

LUIS TABOADA.

UN CIUDADANO

Pepito es un zote
como hay más de ciento,
que no tiene pizca
de conocimiento.
Se nota la falta
cuando abre la boca
y todos lo saben
y á nadie le chocha.
¡Así está en el mundo
la cosa arreglada!
Saber que Fulano
no entiende de nada,
que es tonto, que es soso,
que es záfio, que es huero,
que más que persona
parece madero,
que solo se espera
de tal botarate
que salga del paso
con un disparate;
y hacer caso omiso
del impertinente
tratándole en serio...
es cosa corriente.
Pues bien, el Pepito
que dice mi cuento
que no tiene pizca
de conocimiento
salió no se sabe
de dónde, ni cómo
y ya llevo dicho
que es necio y es romo,
ni tiene carrera
ni pudo acabarla
y... no lo parece,
según lo que charla.
Como es consiguiente
en nada se ocupa;
si gasta se ignora
de donde lo chupa.
Pero es, por desgracia,
lo cierto del caso
que nadie se mueve
sin hallarle al paso.
Recorre paseos,
teatros, salones,
y es punto obligado
de las reuniones:



á toda la gente
conoce sin duda,
con todos platica
y á todos saluda;
donde hay tres personas
allí se presenta
y es casi seguro
que á los tres revienta.
En toda su vida
según he oído
no ha dicho palabra
que tenga sentido
y va paseando
de noche y de día
la carga terrible
de su antipatía...
¿Cómo es que Pepito
con tales defectos
discute y alterna
con hombres correctos?
¿Cómo es que, premiando
su cínica audacia
le aprecian las hembras
de la aristocracia,
figura de gorra
y vive del sable
y á ratos parece
persona notable?
¡Problema insoluble
por nuestra apatía
en no incomodarnos
con la tontería!

SINESIO DELGADO.

ACTORES AFICIONADOS

¿Dónde vamos á estas horas? preguntaba yo en cierta ocasión á un amigo muy bromista que tengo.

—¿A estas horas? A la camita como dos barbianes aburridos.

—Son las once y no tengo ganas. ¿Si fuésemos al teatro de Júpiter?

—No conozco ese teatro.

—Es uno de mala muerte, donde unos siete mesinos hacen un drama para librar del servicio de la quinta al hijo del portero de uno de ellos.

—Llegaremos al último acto. Hacen la segunda parte de *El Zapatero y el Rey*.

—¡Ay, qué ricos!

—Pero me vás á hacer el favor de no armar una.

—Pierde cuidado.

Nos dirigimos al teatro de Júpiter y gracias á nuestra cualidad de periodistas nos dejaron entrar.

—La sala estaba resplandeciente de mujeres hermosas, novias ó mamás de los criminales actores, y llegamos en el último entreacto.

Reinaba mucha gritería y confusión en los pasillos, y las carcajadas de los grupos nos dieron á entender que la gente había tomado á chacota á *El Zapatero y el Rey* y á sus apreciables intérpretes.

—¡Hay que pedir el arrastre al final! Decía uno.

—Lo mejor es ir á pedir el auto al juez para meterlos en la cárcel.

—¡Qué zapatero!

—¡Y qué rey! En la baraja los hay mejores.

—¿Pues y el infante don Enrique, con aquella media lengua?

Estas frases que oímos nos demostraron que la gente se divertía.

Nos dirigimos entre telones y allí vimos á aquellos desgraciados.

Las damas, que eran *alquilonas*, parecían dos amas de cría y los personajes del drama sus hijuelos.

Como no tenían nada que hacer en el último acto estaban ya vestidas de *paisanas*. ¡Qué par de castigos!

—¡Hola, señor pediodista! me dijo don Enrique de Trastamara. ¿Viene usted á deidse eh?

—¡Yo!

—Señor periodista, agregó don Pedro el Cruel con voz de tiple; diga usted mañana en el periódico que hay públicos que están muy inconvenientes, inconvenientísimos.

—¿Pues qué ha pasado?

—¿No estaban ustedes aquí? Pues figúrense ustedes que en la escena del delirio del tercer acto, al caerme al suelo me hice daño con un clavo y lancé un ¡ay! desgarrador. Pues bien, la gente, en vez de compadecerse, comenzó á dar *jipios* y á cantar aquello de ¡aaaaay! ¡aaaaay, que sí! Esto sin contar que á Juan Pascual querían hacerle bailar en la escena más culminante del segundo acto y á la dama la pidieron que levantase á pulso al capitán Blás Pérez.

—No hagan ustedes caso.

—Es que es una broma de mal género.

—De muy mal género, agregó Blás Pérez interviniendo.

Mi amigo ya había hecho amistades con el tal Blás, quien le había caído en gracia, como á mi me cayó.

Todos los sietemesinos que hacían el drama tenían unas piernitas que parecían de pájaro y bailaban dentro de las calzas. Solo el capitán, que era también flacucho, tenía unas piernas monstruosas.

—¡Qué piernas se gasta usted, camarada! le dijo mi amigo.

—Es que me he rellenado las calzas con algodón.

—¡Excelente idea!

—Yo no he quedado, dijo Trastamara, porque no me gustan los postizos.

—¿Y ha habido aplausos? pregunté.

—Más de los que quisiéramos. Nos han hecho salir varias veces. ¡Hasta querían que saliese la sombra de don Enrique que está pintada en un bastidor!

En eso tocaron el timbre. El telón se iba á levantar.

Los jóvenes que hacían de caballeros estaban hechos unos mamarrachos.

Mi amigo les pidió su fotografía y ellos se la prometieron.

Levántase el telón y me pongo para reirme á gusto, en el primer bastidor. Mi amigo sigue á Blás Pérez á su cuarto, pues este hasta el final del drama no tenía que salir.

Comienzan á hablar aquellos desgraciados, y no hacen más que equivocarse y mirar con ojos furibundos al apuntador, como si éste tuviera la culpa.

—¡A la escuela! grita uno del público.

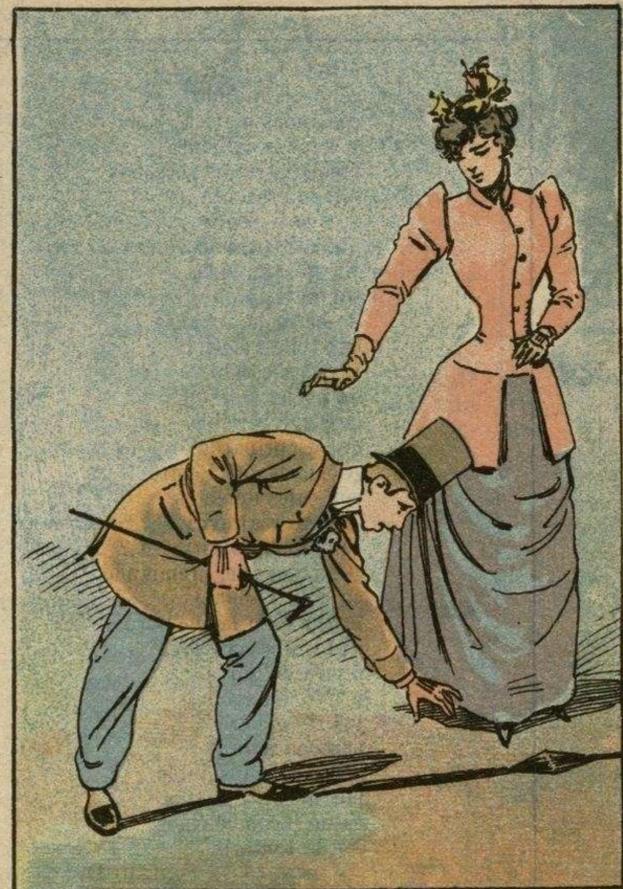
—¡A la casa de lactancia! agrega otro.

—¡Que se afeite Duguesclin!

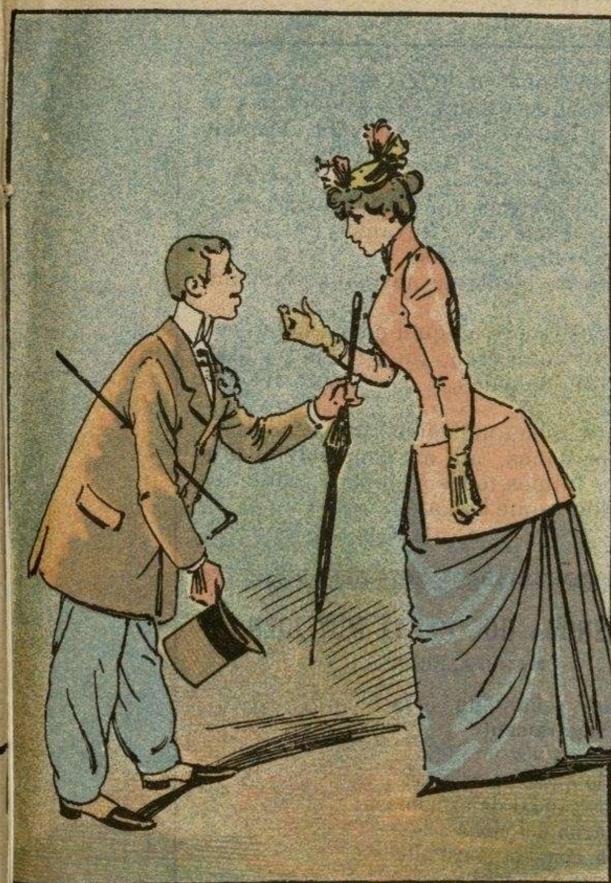
LA PRIMERA CALAVERADA



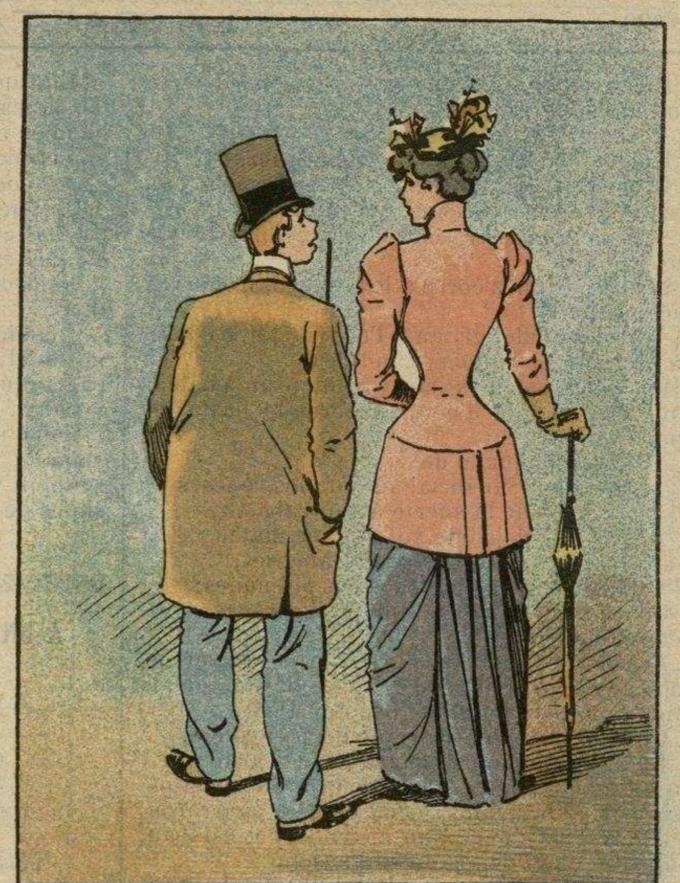
¡Vaya una mujer!



¡Ay!



¡Tantísimas!...



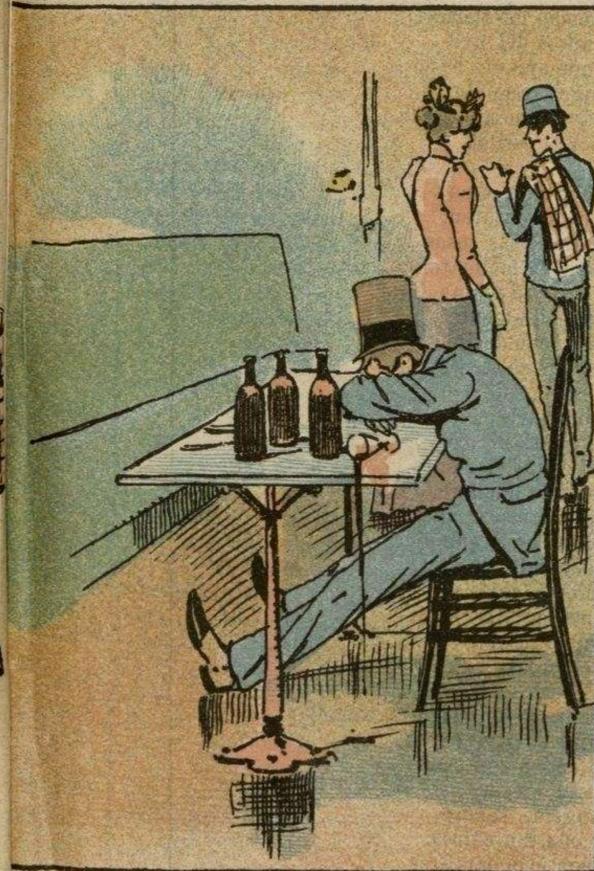
V. me permite....



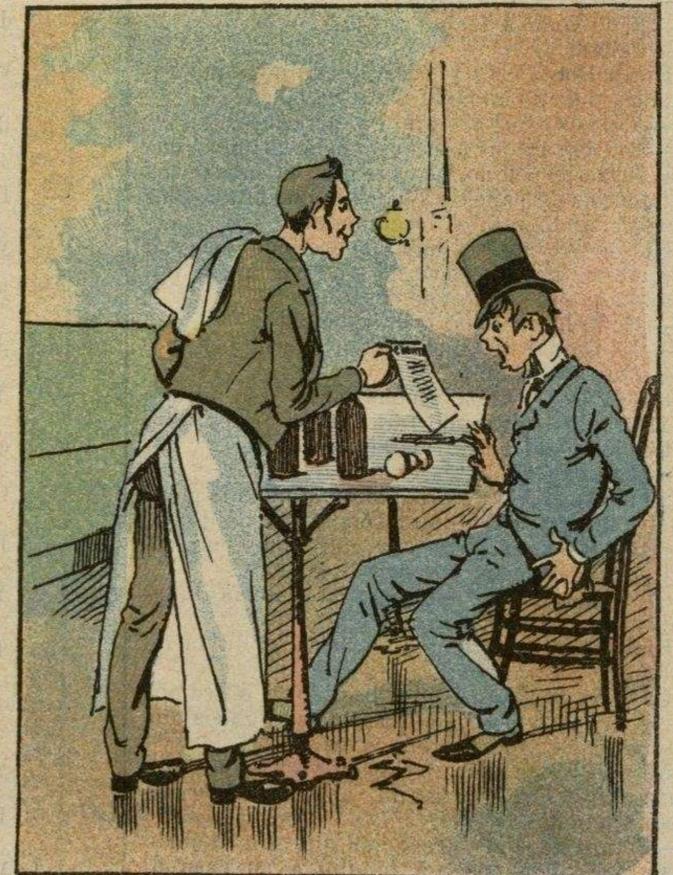
¡Cuánto le agradezco á V. que haya aceptado!



¡A la tuya, salerosa!



(Ella se vá con su chulo, quien se lleva distraídamente el gabán del pollo).



¡¡La cuenta!! ¡y tableau!

Efectivamente, el que hacía ese papel tenía una barba de zapador.

Acaban la escena y se van.

Entran don Pedro y Men Rodríguez.

El terrible rey de Castilla dá un traspié y va á caer de bruces cerca de las candilejas.

—¡Así en la tierra como en el suelo! grita una voz.

Men Rodríguez corre á levantarle, tropieza y cae encima.

—¡Eso no vale! gritan. ¡Todavía no es hora de dormir! ¡Levantaos, gandules!

Los pobres se levantan y comienzan á hablar sin saber lo que dicen, vociferando hasta los apartes.

Al llegar á aquello de:

(Con *fierza*) ¡Sanabria! aunque los reveses de la suerte así me abaten, dejadme vos que me maten sin rogar á los franceses,

el aficionado gritó con todos sus pulmones:

Con *fierza* Sanabria aunque los reveses, etcétera, etc.

Aquel «con *fierza*» agregado á los versos, sacó de juicio al público, y ya no fueron guasas sino improperios los que oyó don Pedro.

Cuando llegó don Enrique llegó el colmo.

La media lengua se le acabó de trabar y él y su hermano don Pedro ya no pronunciaron palabras sino bramidos, hasta que se agarraron, y liados á bofetadas, ¡tan incomodados estaban! entraron en la tienda de Duguesclin.

En esto llegó mi amigo donde yo estaba y me dijo:

—Ahora verás al capitán.

—¿Qué les has hecho?

—Cállate.

Entra Blas Perez y desde luego noto que lleva algo clavado en cada pantorrilla.

—¿Qué es esto? pregunto á mi amigo.

—Las dos agujas del moño de la primera dama; se las he pedido, he puesto en la cabeza dos banderolas de papel y se las he clavado á Blas Perez cuando estaba descuidado.

El público no se había apercibido todavía; cuando se fijó un poco dió una carcajada tan grande que el capitán se desconcertó.

—¡Se le han subido las espuelas!

—¡Es un par de banderillas trasero!

—¡Que se las quite!

Blas Perez miraba á todas partes y se miraba á sí propio conociendo que la cosa iba para él. Desde bastidores le gritaron:

—¡Las pantorrillas!

¿Qué creyó él? que le hablaban de sus piernas postizas y adelantándose al público dijo:

—Señores, son de verdad, muy mías, no vayan ustedes á creer que son de algodón.

Otra carcajada y después una gritería infernal interrumpieron la representación.

Empezó al poco tiempo á caer una lluvia de patatas.

Los que estábamos entre bastidores entramos en escena para proteger á aquellos infelices que estaban más muertos que vivos.

Mi amigo que es muy espeditivo y sabe conjurar conflictos, se adelantó al proscenio é impuso silencio.

—Señores, dijo, propongo que sin dejarle desnudar llevemos en triunfo á su casa al capitán Blas Perez.

Un aplauso general acogió la proposición.

Multitud de personas saltó á la escena. Rodeamos al capitán, que estaba como alocado y le hicimos ver las banderillas que llevaba clavadas en las piernas.

Por poco se nos desmaya.

Después, ajustamos la murga del teatro, compramos cuatro hachones y llevamos en triunfo á aquel *zapatero* hasta su casa.

Unas doscientas personas formaban la comitiva.

Cuando depositamos á aquel pobre sietemesino en el hogar doméstico, fué recibido por su padre que le dió de palos, y por su madre que lloraba.

Como no nos gusta meternos en la vida privada de las personas, allí mismo disolvimos la reunión y nos fuimos todos á dormir, contentísimos de la noche que habíamos pasado.

DANIEL ORTIZ

Á UNA SEÑORA QUE CANTA MUY BIEN

EN SU ÁLBUM

No hay, señora, un poeta
seguramente
que de su voz no diga
lo que es corriente:
que es caudal de armonías,
arpa del cielo
grata como el murmullo
del arroyuelo;
como el céfiro blando
meliflua y suave;
dulce como los tiernos
cantos del ave;
brisa que amante besa
lago tranquilo...
¡y otras cincuenta cosas
por el estilo!

Dejaré á los poetas
que se desaten;
yo no digo esas cosas
aunque me maten.
¿Que por qué no las digo?
¡Sencillamente!
¡Porque debe decirse
lo que se siente!
Y yo creo, señora,
con fundamento,
que ni canta el arroyo
ni canta el viento.
Concedo de buen grado
que canta el ave.
Pero ¿qué es lo que dice?
¡Nadie lo sabe!
Yo no creo, señora,
que haya eruditos
que sepan lo que dicen
los pajaritos!...

—«¡Canta usted como un angel!»
diranle á veces,
y la ofenden con esas
estupideces.
Los ángeles, señora,
como son chicos,
no saben más cantares
que villancicos.
Lo más que se permiten

algunos días
es entonar maitines
ó letanías.
Ya ve usted que la ofenden,
—se lo repito,—
los que á usted la comparan
á un angelito.

Yo diré sin rodeos
ni digresiones,
sin usar esas vanas
comparaciones,
que es usted una artista
de sentimiendo;
que en usted la hermosura
se une al talento;
que hay pocas *primas donnas*
que valgan tanto,
y en resúmen, que canta
que es un encanto.

Reciba usted ahora,
señora mia,
el entusiasta aplauso
que aquí le envia
el que en sus importunos
renglones cesa,
y se ofrece su amigo
que sus piés besa

VITAL AZA.

EL VENDEDOR DE PERIÓDICOS



Al decir vendedor, entiéndase también vendedora, porque á esta ocupación se dedican también indistintamente personas de uno y otro sexo.

Y puesto que de sexos hablamos, conste que para nosotros estos no son más que dos, pues para la venta de periódicos maldita la falta que hace el género neutro, que viene á ser un tercer sexo de los gramáticos, ni tampoco nos parecemos á aquel arquitecto que ponderando á un viajero las excelencias de un hospital que acababan de edificar, le decía:

—Tiene departamentos separados para los tres sexos.

—¿Cómo los tres sexos?—dijo asombrado el viajero.

—Si, señor, los hombres, las mujeres y la tropa,—repuso imperturbable nuestro hombre.

Nosotros preferimos dividir á los vendedores de periódicos en dos sexos, aun que no nos sería difícil hacerlo en tres, que pudieran ser, los hombres, las mujeres y los chicos.

El vendedor de periódicos, que no existía hace años, que ha nacido como una consecuencia natural de la prensa callejera, es hijo legítimo del expendedor de romances y nieto del ciego que durante la guerra civil vendía aquellas *Gacetas extraordinarias*, en que se daba parte de las derrotas de los carlistas relatando circunstanciadamente el número de sus muertos y heridos y callando, por supuesto, las bajas que las balas *apostólicas* habían causado en las filas liberales.

Los que miran las cosas superficialmente, sin duda desdeñan al personaje que nos ocupa, sin tener en cuenta que es todo un comerciante debidamente autorizado por la autoridad, y

que arriesga un capital, que no por pequeño es despreciable, pues compra en la administración por manos los periódicos que luego expende sueltos, y si no logra despachar todos los que ha comprado, pierde el valor de los números que deja de vender.

El vendedor de periódicos necesita tener una naturaleza privilegiada que soporte lo mismo el hielo de la atmósfera cuando el termómetro baja á cero, que el calor sofocante de los días de Julio y Agosto, cuando sube á 36°.

Colocado en las inmediaciones de la administración de un periódico desde una hora antes de que salga, todo su empeño consiste en ser de los primeros que cogen su paquete, para salir á escape por esas calles de Dios, aprovechando de este modo la curiosidad de los transeuntes, que le salen al paso para comprarle su mercancía.

Bajo este punto de vista el vendedor se parece mucho al periodista noticiero; vive de los grandes acontecimientos, y muchas de las que suelen considerarse calamidades públicas constituyen su fortuna privada.

Situado en su puesto y provisto de los periódicos que se propone vender, el expendedor necesita por cuantos medios estén á su alcance, excitar los deseos de cuantos por allí circulen, para lo cual, si tiene periódicos ilustrados, debe colocarlos de modo que se vean los grabados y llamen la atención del público y no está de más que, á media voz por supuesto, repita la noticia de mas interés, ó el título del artículo más importante que contenga.

Si el vendedor logra el monopolio de un café ó la entrada en un teatro, su negocio es seguro y casi más descansado, pero si no tiene esta suerte, necesita mucha más actividad y mucha más inteligencia para despachar su género.

Por de pronto, debe hacerse una especie de suscripción ó abono, sirviendo á domicilio los números á los que tienen costumbre de tomarlos.

Con esto logra la colocación de una cantidad fija y tiene, por decirlo así, la base de su negocio.

Luego debe conocer en la cara de los transeuntes sus gustos y hasta sus opiniones.

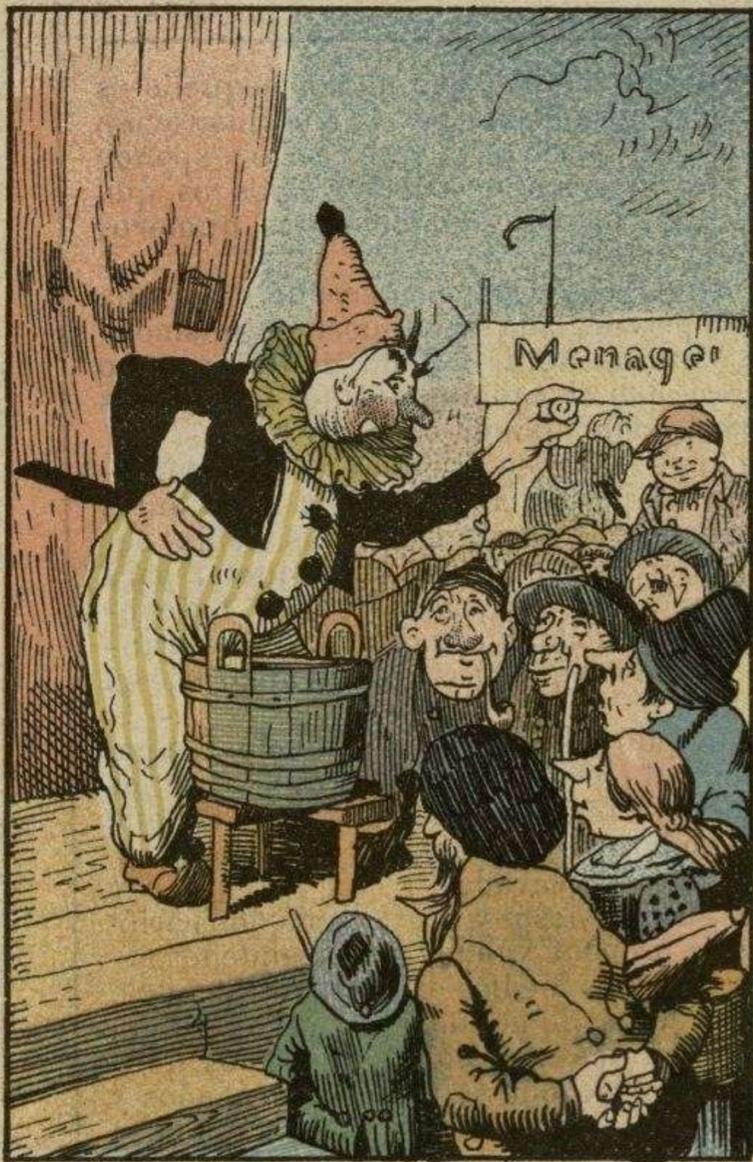
Así, por ejemplo, á un estudiante ó á una alegre modista debe ofrecerles un periódico satírico, pues unos y otras suelen soportar poco los vaivenes de la política.

En un hombre de malhumor, vestido no con mucha elegancia, y cuyo aspecto denote que no es uno de los hijos predilectos de la fortuna, debe ver á un liberal y ofrecerle el más avanzado de los periódicos que tenga de venta.

Al hombre rechoncho, coloradote, bien vestido, satisfecho de si mismo, risueño, indiferente no debe vacilar en alargarle un diario de noticias, pero de noticias secas, porque aquel individuo no puede sentir más que curiosidad, y solo este diario puede satisfacerla.

Y así sucesivamente, el vendedor de periódicos está obligado á adivinar los gustos é inclinaciones de los que pasan á su lado, para que sus gestiones tengan el resultado apetecido.

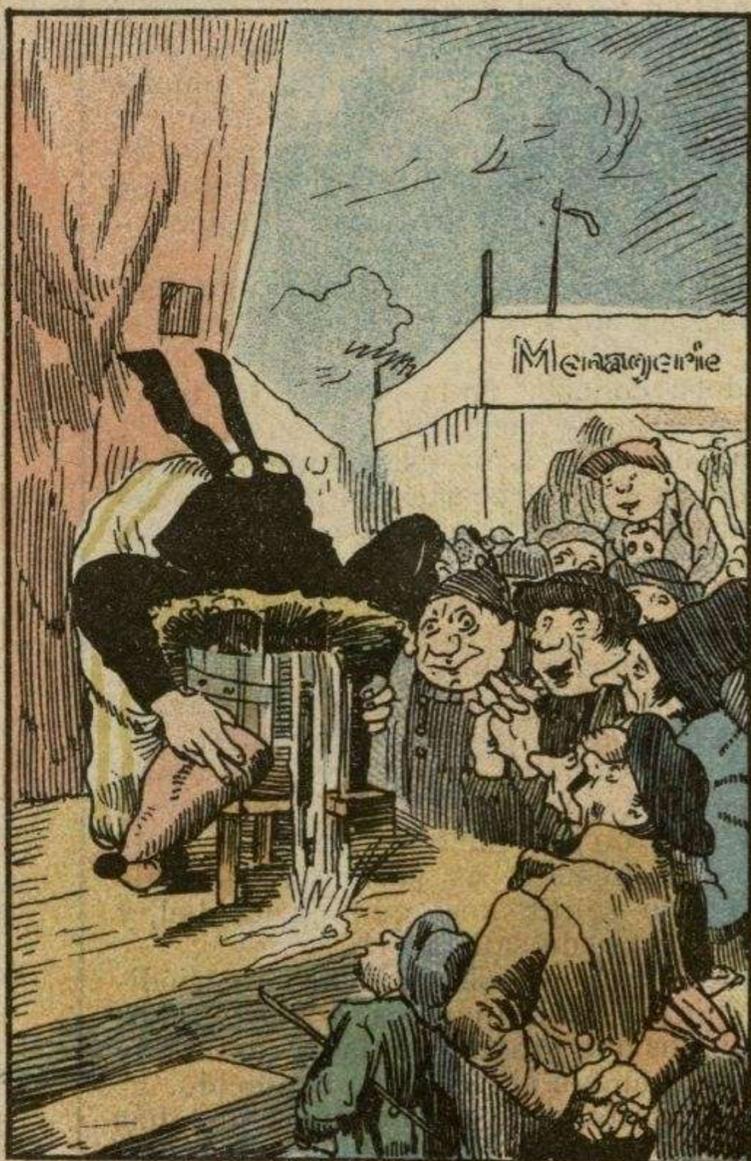
Como tenga este tino y sepa además qué días debe comprar muchos y cuándo ha de tomar pocos periódicos, para lo cual es indispensable que este algo enterado de la marcha de los acontecimientos, la profesión de vendedor de periódicos



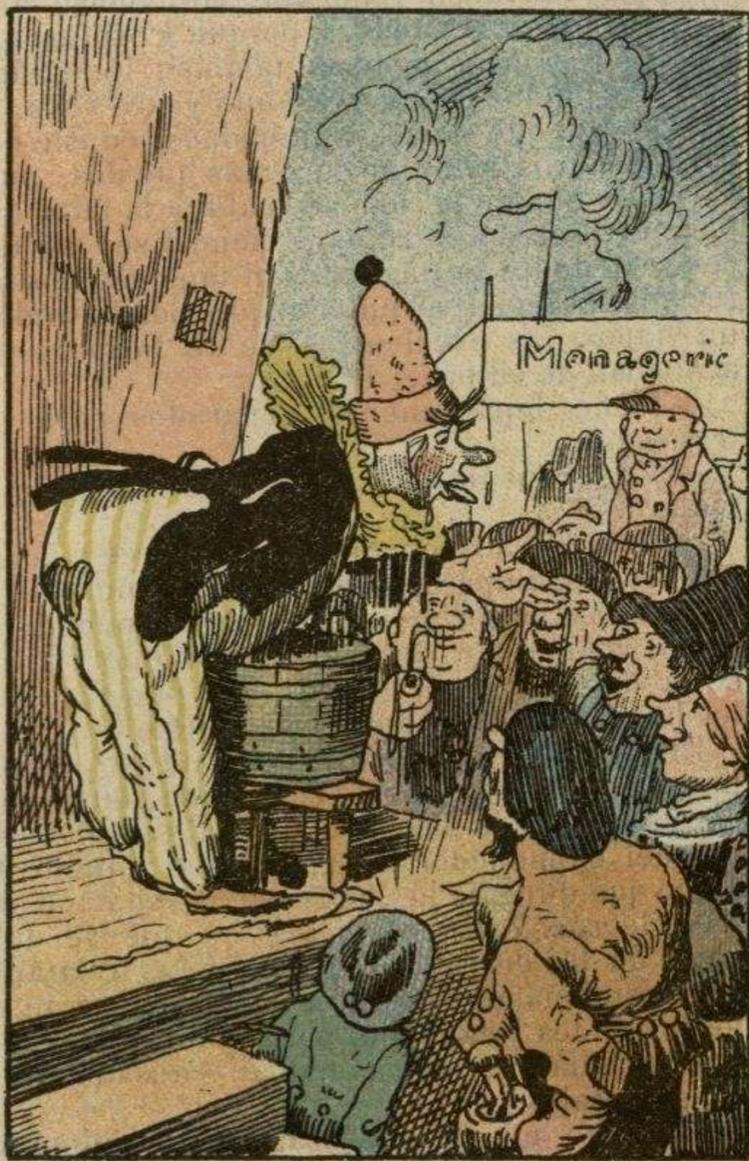
1. ¿Ven ustedes este duro?



2. Pues ¡zás! lo meto aquí.



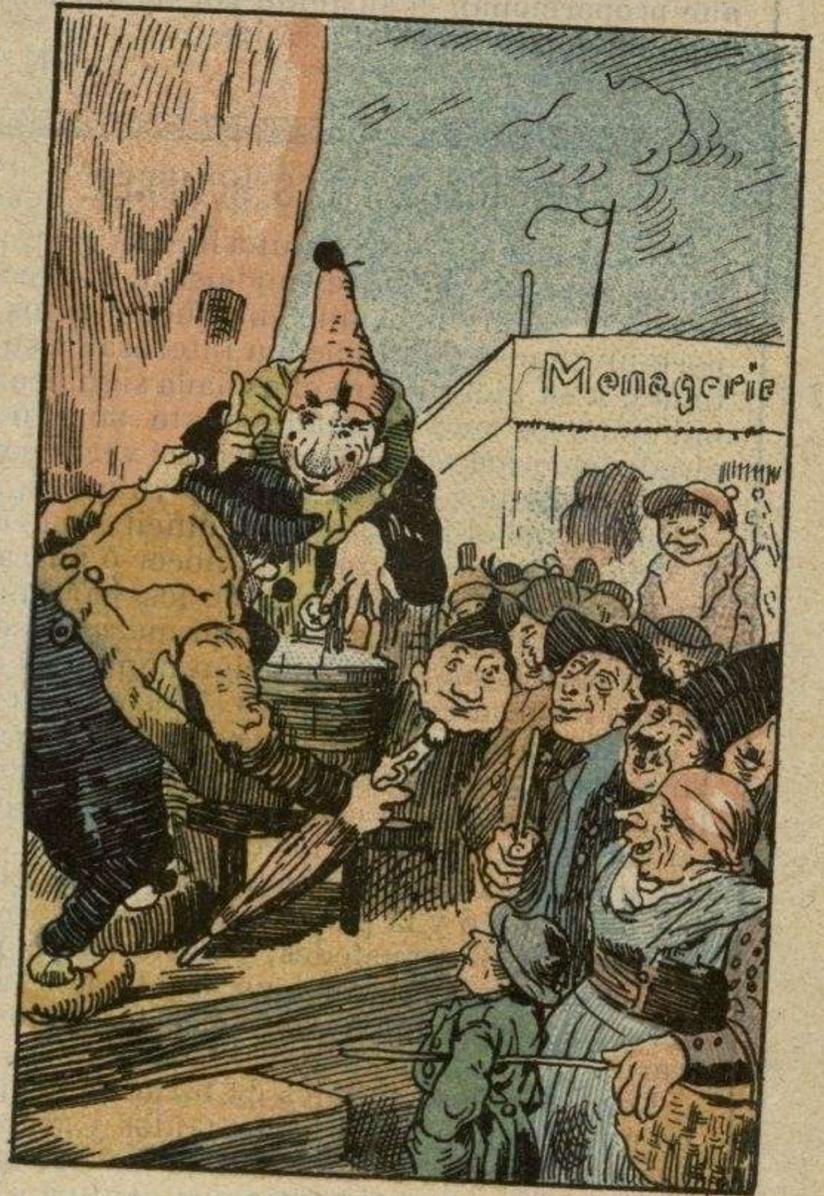
3. Y ahora....



4. lo saco con la boca.



5. Un duro al que haga otro tanto.



6. Allá voy yo.



7. ¿Estamos?



8. ¡Pataplum!

dicos, además de honrosa, como lo son todas las que proporcionan el sustento por medio del trabajo, no dejará de ser lucrativa.

L.

LOS NIÑOS Y LOS HOMBRES

Será si ustedes quieren una ilusión mía, pero yo creo que los hombres no buscan las lecciones de la experiencia sino en aquellos actos importantes que juzgan pueden interesar á su fortuna ó á su gloria: para ellos nada significan los mil ejemplos que constantemente surgen á su alrededor, producidos muchísimas veces por los acontecimientos más sencillos y vulgares.

Empeñado el hombre en el difícil sendero de la vida, no se esfuerza en conocer ó buscar la buena dirección por medio de los barrancos ó de los arbustos que estorban su marcha; se necesita para llamarle la atención montañas escabrosas ó corpulentos árboles. Pero los árboles y las montañas sólo se presentan de largo en largo trecho, mientras los obstáculos menores los encuentra uno á cada paso; la cuestión está en verlos y en apreciarlos debidamente.

Estas reflexiones me hacía ayer al oír el tambor de un niño y la pandereta de otro.

Quizá me dirán ustedes, y hasta cierto punto con razón, que la causa no estaba á la altura del efecto, pero voy á convencerles de lo contrario.

Los dos niños son hijos de un apreciable amigo mío y tienen todos los encantos y gracias de sus cinco y siete años; belleza que seduce, travesura que alegra, ingenio que cautiva y entenece al mismo tiempo. Los he tenido en mis brazos muchas veces desde que nacieron; los he visto crecer, y casi aseguraría que los quiero como cosa propia, sino tuviera la seguridad de que son cosa ajena.

Halléles el otro día en la plaza de Santa Cruz parados delante de un puesto de juguetes, fijos los ojos, los brazos caídos y sofocados por el deseo. Cogiles de la mano y les dije que eligieran el juguete que más les agradara; así sucedió; después de un breve rato de incertidumbre, el de más edad eligió un tambor, y el más pequeño una pandereta.

¡Fatal imprudencia cometí por cierto!

Desde aquel aciago día los tengo continuamente debajo de mis balcones, ensayando sus ruidosos instrumentos, y no bastando esto sin duda para espiciación de mi delito, han logrado instrumentar del mismo modo á todos los niños de la vecindad.

Antes de levantarme tocan una *diana* que durará por término medio sus dos horas; me siento á leer y me acompañan con una *llamada* infernal; quiero meditar un rato y me aturden con el *paso de carga*; tengo precisión de escribir y rompen la desordenada *retreta*. Desde aquella fatal hora no hay para mí ni un solo instante de reposo; la banda de música está siempre en frente de mi casa hiriendo el parche con los palillos y con los dedos la pandereta. Toda la vecindad está desesperada, enfurecida, y yo que estoy mil veces más desesperado que todos, ni aun me atrevo á unir mi voz á su eterno coro de quejas, porque ¿con qué derecho me atreveré á hacerlo, yo que soy la causa primitiva del mal, el que dió á conocer á los niños las excelencias

del tambor y de la pandereta?

Y ahora bien: ¿no podríamos contar en el mundo diariamente millares de hombres que hacen lo mismo que yo, y se preparan y perfeccionan ellos mismos lo que han de maldecir después?

Los que suministran constantemente á sus enemigos medios de acusación, que hacen resonar en todas partes contra su nombre.

Los que arrancan á los tímidos de su natural reposo para lanzarles al tumulto de la acción.

Los que siendo escritores distribuyen con mentida justicia la mentida lisonja ó la infundada censura.

Los que se burlan del que creen débil sin otra razón que la de suponerse más fuerte que él.

Los que explotan á la miseria sin reflexionar que ellos son á su vez los miserables.

¿No hacen todos estos por ventura lo que yo hice con los niños? ¿No les dan tambores, panderetas, chicharras y rabeles?

¡Su ruido atronador les perseguirá por mucho tiempo y en todas partes! ¡Y muy felices serán de seguro, si este ruido solo les causa un fastidio y no un remordimiento!

Oigo á mis vecinitos que lloran: hace dos días que su padre les ha exigido algunas horas de silencio; pero los niños rebeldes á todas las súplicas y amonestaciones, han continuado en su perpétuo ruido, hasta el punto de que su padre desesperado les ha roto el tambor y la pandereta.

¡Cuán elocuente ha de ser para nosotros esta lección! Nosotros que abusamos constantemente del prestigio ó de la fama de nuestro nombre, y nos dejamos llevar en brazos de la casualidad, de la que somos tan pocas veces dueños, y tan repetidas juguetes!

Cánsase, como es natural, la constancia del destino, lo mismo que se cansó el padre de los niños, y cuando el rumor de nuestra prosperidad ha importunado á todo el mundo, amigos ó indiferentes, entonces el encanto se rompe, apágase el ruido; y ¿qué es lo que nos queda? Solo la facultad de llorar el tesoro perdido, y que creíamos eterno.

¡Consolaos, pobres niños de mi amigo! lo que echáis de menos, lo que tanto os inquieta, se reemplazará en breve, pero ahora las pruebas serán más graves, y aprenderéis á vuestra costa que todo el que mete demasiado ruido, lo mismo grande que pequeño, podrá, durante un plazo más ó menos largo, incomodar á la multitud, pero será hasta que le hayan roto el tambor ó la pandereta.

E.



En el momento de escribir estas líneas todavía no hemos recibido el catálogo de la Exposición de Bellas Artes.

Segun leemos en los periódicos, ya ha desaparecido de la sección de escultura una estatuita de bronce.

Si seguimos así, pronto el catálogo no servirá de nada.

Hay que confesar que existen grandes *aficionados* á las bellas artes.

¿Tendremos de poner un guardia civil al lado de cada estatua?

¡Ni que fuera aquello cierta gerencia de ferrocarriles de todos conocida!

* * *

En casi todas las capitales de España, han triunfado los republicanos.

Esto es un buen síntoma para el tesoro público.

Ahora los conservadores van á hacer la patotilla de prisa y corriendo.

Y pasará aquí lo que pasa en Portugal, que no ha quedado un *reis* para un remedio.

Con *s* y con *i* latina.

No vaya el fiscal á entender otra cosa.

* * *

Síntoma de que se acercan los calores:

La compañía Mario vá á debutar á la mayor brevedad.

Ya se sabe: los tomates y Mario llegan por la misma época.

* * *

En las últimas elecciones, un elector, en vez de depositar dos nombres de candidato, depositó dos redondillas en la urna.

¡Y luego dirán que la poesía está llamada á desaparecer!

Cálculo: si á un concejal le corresponde una redondilla, á un diputado de la provincia le corresponderá una octava real, y á un diputado á Cortes una silva. Aunque, de estos, ya hay muchos que salen acompañados de ella.

Es decir, de una silva.

Pero de una silva con *b*.

* * *

Se han declarado en huelga los limpiabotas.

Esa huelga es de las que no me alcanzan.

Hace más de un año que me hago dar betun en casa, porque el que me daban en algunos establecimientos me estropeaban los zapatos en un mes.

Si me habian de hacer caso á mí, lo mismo los limpiabotas burgueses, que los limpiabotas que no lo son, se quedaban sin parroquia.

* * *

—¿Quién será alcalde de Barcelona?—le preguntaba un amigo mío á un municipal.

—Pus en *Porcar*—contestaba el representante de la autoridad.

—Pues para emporcar, bastará con el primer teniente de alcalde.

MISCELANEA

Desventuras impensadas

«Levantarse por la noche á impulsos de una sed devoradora, precipitarse sobre una botella y beberse por equivocación medio litro de petróleo.»

«Oír gritar ¡ladrones! y echar á correr en persecución del criminal y ser detenido por la policía.»

«Tener un tío viejo, paralítico y millonario... y morir antes que él.»

«Amar las flores con delirio, detenerse á contemplar una planta de geranio y sentir sobre la cabeza el choque de un tiesto de albahaca, que se ha caído de un piso tercero.»

«Tener un resfriado muy fuerte. sentarse á la mesa en casa de unas personas de escasa confianza y acordarse, estando comiendo la sopa, que ha olvidado uno su pañuelo.»

—¿Qué limpio vá Ricardo!... ¿No le ha conocido V.?

—Porque le conozco mucho, lo he desconocido ahora.

Un *truchiman* de los más conocidos, eterno traductor de comedias francesas, que hace pasar por originales, disputa en el café con un crítico.

—No me ofendo por tus insultos—dice éste.

—¿Por qué?

—Porque probablemente no serán tuyos.

De actualidad.

—¿Toma V. parte en la Exposición?

—Sí, señor. Estoy expuesto yo mismo.

—¿Cómo?

—Estoy expuesto... á que me despida el carero.

El fotógrafo Procusto

dijo al parroquiano Antero:

—¿Le retrato á V. de busto?

—No de busto; de sombrero.



A. M. P.—Si alguien le ha dicho á V. que esos versos están bien medidos, le ha engañado.

«Bien te ama, bien te quiere mi corazón, oh Barcelona, mas tu voz me parece la voz de otra mar...»

Y así continúa usted hasta sesenta versos. Repóse usted.

F. F. y B. (*Sabadell*).—V. vá á ser un gran poeta el día que la rana crie pelo.

J. F.—Más valiera que enviase V. menos y más cuidado.

I. C. V.—Van algunas coplas.

R. S.—No inserto el soneto, y lo siento, porque empieza bien. V. puede, si quiere.

Un diputado de la mayoría.—Irá algún cantar.

A. H. (*Valladolid*).—No están mal, pero son demasiado serios, y esta clase de composiciones las vamos desterrando poco á poco de *La Saeta*.

I. S.—No sirve.

Saetas 3.º—Puede ser que arreglado un poco vaya el *interview*.

A. R. (*Madrid*).—Así empieza V.:

«¡Oh, pesadilla espantosa!

¡Qué sueño tan exaltado!

La verdad es que la cosa

me tenía puesto en cuidado.»

Tendría que decir *ténia*, y eso está feo.



Postura escogida por casi todas las criadas para hacerse retratar.

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 43 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez.— Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.